

Sociológica, año 20, número 58, mayo-agosto de 2005, pp. 205-233
Fecha de recepción 29/04/04, fecha de aceptación 30/06/04

De dioses y de hombres Movimientos sociales y dominación política

*José Antonio Soto Galindo**

RESUMEN

Este ensayo versa sobre las relaciones y convivencias entre los movimientos sociales y la dominación política. En él nos preguntamos: ¿qué queda realmente, en términos sociales y políticos, detrás de los actos épicos e incluso heroicos de los participantes en movimientos sociales?; ¿en qué medida estos actos colectivos participan en los procesos de superación de inadecuaciones entre ciertas prácticas sociales y el ejercicio del poder?; ¿cuánto coadyuvan los movimientos sociales en los procesos de reducción e institucionalización de los conflictos y tensiones sociales y políticos?; ¿en qué medida el poder esconde en la médula de los movimientos sociales los mecanismos de la dominación autoritaria y su legitimación social?

PALABRAS CLAVE: movimientos sociales, acción colectiva, dominación política, poder, autoritarismo, democracia, legitimidad, estabilidad, conceptos.

ABSTRACT

This essay deals with the relations between and the joint experiences of social movements and political power. It asks the following questions: What is really socially and politically behind the epic, and even heroic, actions of the participants in social movements? To what extent do these collective acts contribute to the process of overcoming the incompatibility of certain social practices and the exercise of power? How much do social movements aid in the process of reducing and institutionalizing social and political conflicts and tensions? To what extent does power hide in the very bones of social movements the mechanisms of authoritarian domination and its social legitimation?

KEY WORDS: social movements, collective action, political domination, power, authoritarianism, democracy, legitimacy, stability, concepts.

* Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Correo electrónico: soto.jose@itesm.mx

quizá, se consolida. Es la Musa de la historia de más largo plazo la que deja de contarnos lo que queremos oír, la que hace a un lado el velo de la esperanza para mostrarnos que los movimientos sociales del presente morirán antes que él y que tienden a reproducir y a renovar el dominio político. Es por ello prudente que nos interroguemos acerca del sentido real de los movimientos sociales antes que hundirnos en las entrañas de “hablas” que nos obstruyen su comprensión, antes que enaltecernos con los cantos de sirenas de movimientos colectivos delimitados, limitados e intrascendentes en cuanto *productores* de sociedad.

¿En qué medida el ser autoritario del poder y de las relaciones sociales va quedando envuelto, oculto, en el velo de los pequeños y múltiples recintos de la tradición, de la esperanza y del miedo, de los hechos y del habla, del florecer social que se presenta como anunciando lo nuevo? Autoritarismo agazapado detrás de frutos y de flores de la actividad social, movimientos sociales que parecen pugnar por lo máspreciado para el ser humano (libertad, igualdad, autonomía, democracia, etc.). Flores prisioneras, envueltas en la enramada de un frondoso árbol social sostenido por el grueso tronco de relaciones sociales autoritarias. Flores que nacen y mueren como parte de una permanente agitación, del eterno transcurrir de la naturaleza social del poder, en el corazón del sólido circular de la primavera y del ocaso de las formas de dominio político y social.³

En este ensayo pretendemos abordar algunas interrogantes básicas en relación con los movimientos sociales. ¿Qué queda efectivamente detrás de la acción de los movimientos sociales, cuáles son al final sus verdaderos productos sociales y políticos?, ¿en qué medida los movimientos sociales personifican y expresan contradicciones e inadecuaciones estructurales de una sociedad capitalista que los necesita para renovarse y legitimarse?, ¿hasta dónde los movimientos sociales con sus pugnas por mejorar su situación en la sociedad abonan a la renovación de las estructuras de una sociedad y de un poder autoritarios?

³ Emilio Rabasa (1998: 80-86) ya anunciaba en 1912 que en sociedades con pueblos pasivos como el mexicano, dada la necesidad de una estructura centralista del poder político, únicamente podía aspirarse a y tener aquella democracia posible a partir de tal poder. Poder centralista que funge como garante de la cohesión social, al no haber en México una cohesión construida desde el individuo, pero a la par como obstáculo para el desenvolvimiento de la democracia.

Sostenemos la idea de que, paradójicamente, detrás de los actos verdaderamente épicos y hasta heroicos de quienes combaten *en y desde* movimientos sociales se podría estar dando pie principalmente, más allá de su propia voluntad, a una mayor estabilidad política y social. Se trata de actos colectivos que, al surgir y desenvolverse dentro del horizonte de lo predeterminado, tienden a constituirse, en la acción misma, tanto en agentes de conflicto social y político como en generadores de estabilidad en ambos sentidos. Al parecer se trata de actores sociales cuyas acciones no han dado ni darán como resultado la superación de las contradicciones dentro de la unidad social. Tampoco parece ser esa su tesis de acción social y política ni su objetivo principal.

Por otro lado, ahora desde un terreno no menos árido ni heroico, el de las pugnas teórico-conceptuales e interpretativas, se debaten los aprendices de Prometeo, entre encadenados a la montaña o a la piedra de la cueva mitológica del viejo Platón. Aquí también nos convendría plantearnos algunas interrogantes. ¿En qué medida los movimientos sociales son un sujeto, un actor o un agente social y político sólido en el mundo de los dioses, de los teóricos prominentes, mas no en el plano indigno del mundo de los humanos?, ¿hasta dónde el filósofo y el teórico sociales, en su búsqueda de las potencialidades de lo real existente, en su papel de hacedores del futuro, de hechiceros sociales, necesitan llenar de realidad sus interpretaciones, asignar aptitudes, cualidades y funciones a las heterogéneas acciones conceptuadas como movimientos sociales?⁴ Einstein jugando con los dados de los dioses.

ESCULTORES DE CONCEPTOS DEL MARRO DEL DOMINIO AL CINCEL DE LA ESPERANZA

Las sociedades humanas, enraizadas en la desigualdad y en la injusticia, están constituidas por una informe diversidad de individuos, quienes conllevan necesidades, intenciones e intereses en verdad heterogéneos, desagregados, desintegrados y en conflicto. Individuos cuyo

⁴ Gerardo L. Munck (1995: 17) apunta que los estudiosos de lo social se vieron atraídos por los movimientos sociales, en particular al verlos como alternativas ante formas convencionales de hacer política.

actuar suele ser ciego y, en ocasiones, hasta romántico. Acciones que al producirse como actos colectivos adquieren relevancia en planos como el social y el político, captando la atención y el interés de los filósofos y teóricos de lo político, de los pensadores de lo social.⁵ Pensadores que se dan a la tarea de analizar, de comprender, de conceptualizar y de elaborar paulatinamente teorías con las que pretenden aprehender tales acciones y darles significado en un mundo sordomudo para los hombres.⁶ No obstante, el silencio es demasiado siniestro. Necesitamos ponerle habla a nuestros actos, dotarlos de misterio y de trascendencia.

Productos divinos los conceptos, productores de la realidad social percibida, cual valientes guerreros luchan encarnizadamente entre sí. Conceptos que al salir triunfantes emergen como titanes que poco a poco se van imponiendo, van delimitando sus dominios en los procesos teóricos, de investigación y de enseñanza. Conceptos que, cual dioses homéricos, al ser utilizados por pensadores e investigadores de lo sociopolítico parecieran dotarlos de *logos* y de *habla* (Rancière, 1996: 35-44). Investigadores que, en sociedades con una acentuada dependencia intelectual, pudieran estar a la vanguardia, danzando en el centenario ritual del dominio.

En el caso de los estudios realizados en América Latina con respecto a las acciones colectivas y los movimientos sociales, éstos pudieran estar corriendo la suerte de las ruinas mesoamericanas. Es por ello que convendría, ahora en este plano, plantearnos algunas interrogantes. ¿Hasta dónde quedan ocultos, soterrados, callados, robados de su capacidad de habla, debajo de los sonidos de conceptos y de teorías que *bondadosamente* los *dotan* de sentidos y de significados establecidos *a priori*?, ¿hasta dónde esta dependencia teórico-conceptual nos imposibilita para abordar directamente nuestra realidad,

⁵ Para Susan Street (1991: 141), a finales de los ochenta el tema de los movimientos sociales llevó a concentrarse en la constitución del nuevo sujeto y a dejar de lado los procesos institucionales dentro del Estado. La preocupación se centraba en definir el cambio como el impacto de los movimientos sociales en los procesos y estructuras preexistentes. Street considera que los autores que se ocupan del tema saben de la importancia de integrar a las "masas" a sus explicaciones, por lo que tienden a analizarlas como si fueran un fenómeno aparte, privilegiando su autonomía como actor político. Se parte de una premisa común: los movimientos sociales son elementos del cambio social.

⁶ Según Leszek Kolakowski (1990: 17), Nietzsche lo dijo todo hasta el final: "El mundo no genera significado ni distinción entre bien y mal; la realidad carece de propósito y no hay realidad oculta tras de ella; el mundo tal como lo vemos es lo último, no aspira a transmitirnos mensaje alguno, no remite a nada más, se agota a sí mismo y es sordomudo".

pensarla a ella misma, para de ese modo poder determinar sus posibilidades y sus significados propios?

En nuestras sociedades las demandas de comprensión de los procesos de conflictividad social por parte de individuos, de actores colectivos, de los estudiosos sociales, pretenden satisfacerse con explicaciones esculpidas con el marro de los discursos teóricos. Discursos con los que el investigador y el luchador martillean el cincel de los estudios empíricos de los diversos movimientos sociales. Estudios con los que estos escultores llenan de explicaciones y de posibilidades a los actos colectivos. Sin embargo, con el correr del tiempo, detrás de todas estas explicaciones y de los múltiples conflictos, permanece lo que ocultaba el habla y la esperanza: un dominio político modernizado.

En este ensayo, señalábamos, nos interesa considerar como hipótesis de trabajo que los movimientos sociales, a pesar de ciertos periodos de alta conflictividad, son coadyuvantes en los procesos de reducción de los conflictos, así como de las tensiones sociales y políticas.⁷ Los movimientos sociales, dadas las condiciones en las que hasta ahora entran en conflicto, terminan por ser también artífices de la escultura de la estabilidad social y política.

En efecto, son dos las instancias que sobresalen en los procesos de producción y reproducción de la estabilidad tanto política como social: 1) los partidos políticos y 2) los movimientos sociales (Melucci, 1995: 225). Por lo que se refiere a estos últimos, sus integran-

⁷ Sergio Tamayo Flores-Alatorre (1996: 203) sostiene una tesis muy sugerente respecto a las funciones de los movimientos sociales, independientemente de lo que pudieran proponerse alcanzar con su acción: "Los derechos no pueden abolir o abatir los antagonismos de clase, ni las contradicciones de clase, porque los derechos sociales se mueven en el ámbito del consumo y la distribución y no afectan el ámbito de las relaciones de producción. [...] Lo que los derechos sociales sí hacen es abatir las tensiones sociales, pero no cambian las relaciones sociales; por ejemplo, la propiedad como capital no se modifica directamente. Más bien, los derechos sociales pueden afectar la percepción sobre las diferencias sociales haciendo sentir que las distancias entre las clases se reducen, pero ello no significa que exista una real tendencia a la *fusión* de clases". Véase también Alberto Melucci (1976: 70-72), quien señala sobre el problema de los resultados de las acciones colectivas que para N. J. Smelser, en su obra de 1993 *Theory of Collective Behavior*, "El comportamiento colectivo tiende a reestructurar la componente disturbada [*sic*] por la tensión, eliminando la incertidumbre que la caracteriza. Esto se produce a través de una creencia generalizada que moviliza la acción hacia componentes más generales que aquella sometida a la tensión, y en tal modo tiende a reestablecer el equilibrio" (Melucci, 1976: 70-71). Sin embargo, para Melucci el problema es que Smelser mezcla y confunde criterios analíticos y generalizaciones empíricas, por lo que "no hay espacio para una capacidad conflictual que surja del interior del sistema, para un movimiento social que no sea una simple respuesta respectiva a las disfunciones del sistema" (Melucci, 1976: 72).

tes avanzan hasta las alturas de la competencia por la representación y a la posibilidad del habla en los distintos niveles de lo público, así como hacia la paulatina satisfacción de sus necesidades y de sus demandas.

Es por ello que incursionaremos en la siguiente idea de trabajo: los movimientos sociales, así como los partidos políticos, realizan una función imprescindible para la sociedad, que consiste en la *permanente integración subordinada de lo social a la dominación política*. Proceso de integración durante el cual ninguno de estos “actores sociales” llega a contender realmente por el poder político mismo, en principio porque no es su objetivo primordial.

EL CONCEPTO “MOVIMIENTOS SOCIALES” O DE LA METAMORFOSIS: SOBRE LA TRANSFORMACIÓN Y LA ASIMILACIÓN

La impresión inicial que nos ofrecen los movimientos sociales es que consisten en agrupaciones heterogéneas de actuaciones individuales y de pequeños grupos.⁸ Agrupaciones que en su proceso de conformación podrían tender a integrar, en principio, a *individuos masa* que, impulsados a actuar por alguna o algunas necesidades que les son prioritarias, pugnan de manera ya no individual sino agrupada o colectiva en pro de su satisfacción.⁹

Sin embargo, uno de los rasgos cualitativos de las acciones colectivas que nos permiten definir las como movimiento social es que este grupo de individuos se construyen una *identidad colectiva*.¹⁰

⁸ Al respecto véase, por ejemplo, a Charles Tilly (1995: 13-14). También puede consultarse a Gilberto Jiménez (1994: 3-4), para quien una acción colectiva es un fenómeno complejo, heterogéneo, dotado no sólo de sentidos múltiples sino contradictorios entre sí.

⁹ Pablo González Casanova (1993: 133) encuentra que el desarrollo, la movilización y la movilidad coinciden con fenómenos de conformismo, acomodo y moderación, produciendo el *factor esperanza*, es decir, “la idea del individuo de que se puede salvar individualmente, de que puede resolver sus problemas personales y familiares dentro de los carriles que le ha trazado el propio desarrollo, sin modificaciones sustanciales ni actitudes radicales”.

¹⁰ Para Mario Diani (1992: 1-3, 8-9, 13 y 16-17) un movimiento social, a diferencia de las coaliciones, es un proceso mediante el cual diferentes actores elaboran, articulando sus acciones y/o formas de comunicación, una definición compartida de sí mismos. El autor propone en el artículo una definición de movimiento social: “sistema de interacciones informales entre una pluralidad de individuos, grupos y/u organizaciones, comprometidos en un conflicto cultural o político, sobre la base de una identidad colectiva compartida, donde tal identidad colectiva no implica ni homogeneidad de ideas ni de orientaciones dentro de un movimiento

Identidad en torno a la cual sus integrantes se van reordenando y reconstituyendo, con la que dotan de sentido su existencia y sus acciones. Cualidad que vuelve atractivos a estos movimientos a los ojos de los filósofos, de los pensadores e investigadores sociales, así como para los partidos políticos, las fuerzas sociales y las instancias gubernamentales.

Caracterizados los movimientos sociales como agrupaciones con identidad colectiva, se constituyen en espacios dentro de los cuales sus integrantes pasan por diversos procesos de integración y de cohesión sociales y políticos, transformando al individuo en un actor social. Actores que, por un lado, aprenden a demandar de manera colectiva y a pugnar por ser reconocidos, en principio, por las autoridades gubernamentales, así como por las organizaciones y las fuerzas políticas y sociales de la región.

Por otra parte, los movimientos sociales son escuelas en donde se enseña al individuo, como actor social, a identificar y a reconocer a las autoridades públicas, así como las normas y las reglas del juego que hay que saber para enfrentarlas o utilizarlas. Al mismo tiempo, los integrantes de los movimientos sociales están obligados a tomar en cuenta en sus diversas acciones a las autoridades gubernamentales, a las fuerzas políticas y la normatividad vigente. Las reglas y las costumbres políticas que predominan en los ámbitos de acción de los movimientos sociales son asimiladas por éstos, que terminan por asimilar también a los propios actores colectivos, cobijándolos en el seno de una sociedad madre dada.¹¹

social". Por su parte, Gerardo L. Munck (1995: 17) sostiene que los movimientos sociales son un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio por una masa descentralizada aunque encabezada, de una manera no jerárquica, por un actor social. Por último, Gilberto Jiménez (1994: 4-6) apunta que para Melucci los movimientos sociales son formas de acción colectiva que responden a dos condiciones: 1) no son respuestas a una crisis, sino expresión de un conflicto social entre actores por la apropiación o control de recursos que cada uno valora; 2) tienden a provocar una *ruptura en los límites de compatibilidad del sistema* en el que se encuentran.

¹¹ Para Charles Tilly (1995: 18 y 25) los movimientos sociales se constituyeron en un entorno para-electoral y para-parlamentario y hasta la fecha ostentan las marcas del mismo: "En su forma más general, un movimiento social consiste en *un reto público ininterrumpido, librado contra los que detentan el poder a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de aquellas personas que detentan el poder*. Un movimiento social personifica la interacción contenciosa, e implica la formulación de reclamaciones mutuas entre quienes retan y quienes detentan el poder. Por otra parte, la formulación de reclamaciones frecuentemente involucra a terceros, a otras personas que detentan el poder: fuerzas represivas, rivales, aliados, ciudadanos en general". El autor continúa: "Un movimiento social,

La asimilación de los movimientos sociales dentro de los horizontes de la sociedad se facilita debido al tipo de demandas que éstos enarbolan. Se trata de demandas que se establecen sobre la base de un conflicto que se inclina por la *negociación*.¹² Es por ello que, finalmente, los movimientos sociales terminan por conducirse hacia diversos procesos de integración subordinada al dominio político. Integración que adopta diversas vías, ya sea la de la intermediación política, como movimientos o grupos dentro de partidos políticos, o bien como fuerzas sociales que contienden por puestos de representación y de ejercicio de la administración pública.¹³

Los movimientos sociales son conceptualizados como acciones colectivas cuyos objetivos básicos no son pugnar por detentar el poder político, como tampoco producir o provocar la transformación del sistema político o de la sociedad (Gunder Frank y Fuentes, 1989: 32-35; Foweraker, 1989: 96-97, y Street, 1991: 142-143). Sus demandas tienden a ubicarse por partida doble en el *espacio de la circulación*. Melucci sostiene que los movimientos sociales contienden por obtener una mejor parte en la distribución de los recursos fundamentales de la sociedad, así como por proteger lo hasta entonces obtenido (Melucci, 1995: 227-228). Se trataría entonces de una acción colectiva que concibe la política de manera muy cercana al inter-

en su forma particular, consiste en *un reto ininterrumpido contra los que detentan el poder estatal establecido, a nombre de una población desfavorecida que vive bajo la jurisdicción de personas que detentan el poder, mediante exhibiciones públicas repetidas de la magnitud, determinación, unidad y mérito de esa población*" (Tilly, 1995: 18).

¹² Alberto Melucci (1976: 74-76) reconoce tres tipos de movimientos sociales, cada cual con un tipo diferente de demandas. Considera que los movimientos sociales reivindicativos pugnan por la redistribución de recursos y de roles; los de tipo político buscan transformar los canales de participación política y, por último, están los movimientos sociales de clase, los cuales atacan el control hegemónico que ejercen sobre el sistema político las fuerzas que representan los intereses de la clase dominante. Son movimientos que atacan las estructuras de las relaciones de clase en los límites institucionalizados del sistema político: "En el pasaje de un movimiento reivindicativo a un movimiento político, a uno de clase, las dimensiones del conflicto cambian en la siguiente dirección: a) contenido simbólico decreciente; b) divisibilidad y negociabilidad decrecientes del asunto en juego; c) reversibilidad decreciente; d) calculabilidad decreciente de los resultados de la acción; e) tendencia creciente hacia conflictos de suma cero" (Melucci, 1976: 76).

¹³ Carlos Marx (1977: 234-235) establece una premisa que es necesario tener presente en teoría social: para que se produzcan cambios sociales importantes a partir del conflicto primero es necesario que la sociedad construya el punto de partida, la situación, las relaciones, las condiciones sin las cuales no es posible transformación social alguna. Es por ello que las luchas sociales requieren criticarse constantemente a sí mismas. Marx considera que luchar en las condiciones dadas antes que transformar a la sociedad, la fortalece.

cambio mercantil: pugnar para obtener beneficios, o dejar de hacerlo a cambio de algunas dádivas o promesas.¹⁴

En segundo término, una de las características de los movimientos sociales que resulta determinante para que se imposibiliten a sí mismos para penetrar en el territorio del ejercicio del poder político y en la toma de decisiones es el caracol de la airada autonomía local o regional. Este tipo de autonomía coloca ahora a los movimientos sociales en el espacio de la circulación del poder, en el de la representación e intermediación políticas.¹⁵ Hecho que queda encubierto por el velo de la justificación, idealizado mediante la defensa de una “autonomía” respecto del Estado que les resulta demasiado estrecha y muy poco productiva social y políticamente. Los movimientos sociales enarbolan vistosas pancartas y banderas en las marchas por la autonomía, colores, gritos y bailes que les sirven para ocultar sus casi nulos niveles de comprensión de la política, su escasa politización y su relajado compromiso político. Los movimientos sociales son agrupaciones que tienden a establecer demandas demasiado locales, quedando lejos de planteamientos más amplios y de poder que les permitan avanzar en la conformación, no ya de un proyecto alternativo de nación, sino ni siquiera en el nivel del gobierno local.¹⁶

Uno de los resultados más apreciados que producen los movimientos sociales son los líderes sociales. En general, este tipo de acción

¹⁴ Manuel Perló y Martha Schteingart (1984: 110-111 y 115) señalan que a partir de 1940 se produce una urbanización rápida en el país, generando muy pronto demandas urbanas vinculadas al suelo, a la regularización de la propiedad y a la dotación de servicios urbanos, razón por la cual grupos de pobladores de zonas con estas características se constituyen en movimientos sociales urbanos. Sin embargo, las demandas que enarbolan facilitarían el control político por parte del Estado, a través de una política que ejercerá al mismo tiempo y de modo diferenciado concesiones, cooptación de líderes o integrantes que le son útiles, y represión. Concluyen los autores: “No se da una relación directa entre un crecimiento urbano acelerado y explosivo, la multiplicación de carencias urbanas para la mayoría de la población y la generación de movimientos sociales urbanos avanzados, políticamente independientes del Estado y del partido oficial. Asimismo, la mayor capacidad del Estado para atenuar las contradicciones urbanas no desemboca necesariamente en un férreo control sobre esos movimientos” (Perló y Schteingart, 1984: 115).

¹⁵ Para Joe Foweraker (1989: 106-107) los movimientos populares son fuerzas sociales que, al no encontrar representación política en el Estado, se ven precisadas a desarrollar estrategias para obtenerla. Situación que, para finales de los ochenta, Foweraker interpreta como crisis política bajo la forma de crisis de representación política: “Es una crisis [política] inducida por las fuerzas sociales de la sociedad civil en la medida en que éstas conforman nuevas organizaciones y estrategias para hacer avanzar sus propias demandas y agendas políticas. En resumen, se trata de una *crisis de representación* producida por la lucha política e implícitamente democrática” (Foweraker, 1989: 107).

¹⁶ Este es quizás uno de los principales problemas que no pudieron superar algunos movimientos armados de la trascendencia de los zapatistas durante la Revolución Mexicana.

colectiva tiende a constituirse, previa negociación, en una de las bases y en una de las condiciones para que el Estado, las instancias gubernamentales de diverso nivel, así como las fuerzas sociales y políticas, puedan realizar acciones eficientes y productivas políticamente.¹⁷

Por otro lado, los movimientos sociales son actores colectivos que, al oponerse a las reglas de juego y enfrentarse con organizaciones diversas, en esa misma acción producen agrupaciones y reglas al interior de sí mismos. Se trata de agrupaciones que, al enfrentarse con las autoridades gubernamentales y las instituciones políticas, se ven obligadas a reconocer a esas reglas y autoridades, aun dentro de su desacuerdo con ellas. Los movimientos sociales actúan, a partir del enfrentamiento y de la negociación, como escuelas en las que se educan sus integrantes para, finalmente, reconocer y respetar a la autoridad. Asimismo, cada agrupación educa a sus integrantes para reconocer, respetar y hacer respetar las reglas internas, así como a sus propias autoridades.

Se trata de agrupaciones que pocas veces cuentan con una vida democrática importante. Antes bien, en pro de la eficiencia de sus acciones tienden a ser más proclives a conformarse como organizaciones de tipo vertical. Los movimientos sociales producen y reproducen una cultura política en la que los participantes en la agrupación pudieran estar aprendiendo a reconocer como democracia algo que no lo es, y que pudiera acercarse a la organización política que priva en el país.¹⁸ Los integrantes de los movimientos son educados a partir de las reglas del juego a que se enfrentan y que tienen que uti-

¹⁷ Manuel Perló y Martha Schteingart (1984: 122) sostienen: “Además de las condiciones económicas, entonces, la evolución de las luchas urbanas dependerá, entre otros factores, de las nuevas políticas que el Estado pueda instrumentar dentro de los límites impuestos por las restricciones presupuestarias y las medidas de austeridad, así como del papel político y orgánico que puedan desempeñar tanto los núcleos dirigentes de los movimientos sociales urbanos como las organizaciones y partidos de izquierda”.

¹⁸ Pablo González Casanova (1993: 155-159) establece que los mexicanos vivimos en un sistema paternalista, el cual formalmente es republicano. Por esta razón la población lee toda mejora material como democracia. Para Remo Bodei (1995: 94-95) la reformulación de los recuerdos está ligada a la necesidad de volverlos coherentes con el horizonte del presente, a partir de lo predominante en el entorno, así como con el modo como se aprende y se enseña a concebir el entorno inmediato, no el que ha dejado de ser ni el que aún no es. Véase también a María Marcia Smith Martins y Víctor Manuel Durand Ponte (1995: 312-313). En general, los movimientos sociales son agrupaciones cuya estructura interna tiene una marcada diferencia entre: 1) la base del movimiento, con individuos sin organización propia, atomizados; 2) los militantes, organizados y pugnando por sus intereses, y 3) los líderes, quienes además de tener una perspectiva política y estratégica más amplia son quienes vinculan al movimiento social con otros movimientos y organizaciones políticas.

lizar, así como mediante la oposición a y la negociación con diversas instituciones. Son actores a los que se les impone un modo de gestionar y de negociar. El resultado es que estos agentes colectivos no sólo son asimilados paulatina y permanentemente por la cultura dominante, sino que terminan por legitimarla.

¿Hasta dónde puede decirse que detrás de este enfrentar, negociar y pactar por parte de los movimientos sociales en realidad lo que sucede es que hay una producción y una expansión de la estabilidad política y social de la dominación? Dado lo anterior, cabe preguntarse: ¿en qué medida los movimientos sociales son, a fin de cuentas, además de instancias de estabilidad y de dominio, *medios colectivos de autocontrol social y político*?

**“¡NOSOTROS, EL PUEBLO, TENEMOS LA RAZÓN!”
ENTRE LA RAZÓN INOCENTE Y LA RAZÓN CÍNICA**

Que una agrupación de individuos se dote de identidad colectiva es un hecho trascendente para la misma.¹⁹ Resultan tanto o más importantes los elementos de *cualidad* constitutivos de la propia identidad. El tipo cualitativo de identidad colectiva es determinante para cada movimiento social, puesto que es justamente el elemento que le dibuja a su acción un horizonte delimitado de posibilidades. A los tipos de identidad podríamos definirlos inicialmente por sus polos: identidad autónoma e identidad inducida desde la *otredad*. Una florece desde una simiente de demandas políticas y culturales, la otra se extiende enraizada en el mundo de la sobrevivencia y de las necesidades. La identidad inducida suele partir de necesidades que rara vez hacen posible que los actores sociales rebasen el nivel de la opinión popular.²⁰ Máscara que obliga a actuar a quienes la portan como

¹⁹ Gilberto Jiménez (1994: 9-11) sostiene que en la fase de formación de la identidad de los actores sociales el objetivo aún no es maximizar los beneficios sino construir esa identidad, por lo que señala que el problema de la identidad es crucial en la teoría de la acción.

²⁰ Para Gaston Bachelard (1997: 16) la opinión piensa mal, es más, no piensa sino que traduce necesidades en conocimientos. Al designar a los objetos por su utilidad se prohíbe conocerlos. Karl Marx (1978: 190) señala que en la Edad Media las ciudades estaban organizadas con arreglo a los intereses de los maestros de los gremios. Sin embargo, al requerirse trabajadores sin preparación las ciudades recurrieron a los jornaleros, mismos que dieron origen a la plebe, a una muchedumbre sin organización y sin calificación alguna. Es por ello, concluye, que la miseria y la pobreza por sí mismas no son la base de una posible transformación social.

una razón inocente, cuyo libreto siempre los lleva a denunciar que han sido manipulados o traicionados: “¡exigimos justicia!”

En la medida en que un movimiento social se constituya en torno al eje de una *identidad colectiva autónoma* se situará en un ámbito de *posibilidades* política y socialmente importantes. Algunas de las implicaciones son: 1) la probabilidad de que el grupo se dote de un punto de vista propio, desde el cual poder verse directamente a sí mismo y a partir del cual sea capaz de ver llanamente a la sociedad; 2) que pueda establecer cómo pensarse a sí mismo y cómo pensar lo social; 3) que la agrupación determine cómo hablarse a sí misma y cómo hablarle a la sociedad, es decir, cómo construir sus propios discursos interpretativos; 4) que logre delimitar y construir por sí misma los fines que ha de perseguir, así como establecer los cauces y los medios a los que ha de recurrir; 5) que consiga adquirir una mínima claridad respecto de la fuerza sociopolítica real que alcance en los diferentes momentos de su existencia como movimiento social; 6) que llegue a proponer soluciones y proyectos alternativos, ya sea en el nivel local o en el nacional. En la medida en que el movimiento social se acerque a estas situaciones paralelas podrá construirse como una fuerza social y política importante.

No obstante, en el caso de que un movimiento social se articule sobre la base de una *identidad colectiva inducida* se colocará en un terreno de posibilidades opuesto. Ahora las implicaciones serían: 1) no tener un punto de vista propio, sino conformado a partir de cómo son percibidos por otras fuerzas sociales y políticas; 2) las fuerzas y organizaciones externas participan en la determinación de cómo la agrupación se piensa a sí misma y piensa a la sociedad; 3) la organización se hablará a sí misma a partir de un discurso ordenado por tales entes externos; 4) tenderá a perseguir fines delimitados fuera de la organización; 5) su capacidad propositiva en lo político y en lo social será prácticamente nula. Se trata de agrupaciones que fungirán como objetos de la política, gritando vivas en mítines y reuniones colectivas: “¡que viva nuestro candidato,... nuestro líder!”

Ahora bien, en el caso de los países de América Latina los grandes perdedores de la reconversión y de la modernización, hoy la era de la globalización y del neoliberalismo, los integrantes de los movimientos sociales tienden a pertenecer a zonas populares, pobres o marginadas (Gunder Frank y Fuentes, 1989: 30-32). Muchos de estos movimientos se conformaron a principios de los ochenta en respues-

ta a los efectos producidos por el cambio de modalidad del sistema de producción capitalista: desempleo masivo y drástica caída de los niveles de vida.²¹ La mayoría de los movimientos sociales que nacen con la década de los ochenta apenas cuentan con experiencia organizativa y de lucha.²² Por otro lado, sus demandas se sitúan en el mundo de la sobrevivencia. Situación que, si bien los coloca lejos de la posibilidad de aprovechar políticamente las circunstancias,²³ en cambio sí los hace más propensos a ser aprovechados políticamente desde el Olimpo por el Estado, así como por otras fuerzas políticas y sociales.

En el proceso de sustitución y de transición de una modalidad de ejercer el dominio por otra, en tanto que el Estado se ocupa de fundarla sobre nuevas bases, las fuerzas sociales y políticas pugnan por lograr mejores posiciones en los espacios de la representación y de la negociación políticas.²⁴ Situación en la que a los movimientos sociales se les oferta la posibilidad de constituirse en actores importan-

²¹ André Gunder Frank y Marta Fuentes (1989: 25-26) afirman que la mayoría de los movimientos sociales son defensivos, ya que lo único que pretenden es proteger derechos ganados hasta entonces, presentándose como agrupaciones que contienen un sentido de injusticia social.

²² Otto Fernández Reyes (1995: 108) considera que en los ochenta e inicios de los noventa se dio en América Latina una *incapacidad sistémica* para enfrentar las demandas propias de un entorno de pauperización, empobrecimiento y marginación social. Entorno cuyos efectos sobre la sociedad son la fragmentación de subjetividades, la integración subalterna y, por otro lado, una mayor capacidad sistémica del Estado para la cooptación. Se trata de un ciclo en el que se produjo una fuerte destrucción de actores, de sujetos y de ciudadanos.

²³ Alberto Melucci (1976: 77) dice: "La relación entre movimientos y cambio pasa a través de tres momentos lógicamente distintos. Los movimientos, en su definición estructural y sincrónica, preceden al cambio: un sistema cambia porque debe controlar el conflicto que lo atraviesa y que se refiere a la producción y distribución de los recursos sociales. Los movimientos son, así, efectos del cambio en el sentido de que los ajustes del sistema crean desequilibrios y contradicciones que se encuentran en el origen de las conductas colectivas de transformación. En fin, estas conductas provocan cambios posteriores pues, respondiendo a su propio empuje, el sistema se moderniza o se transforma".

²⁴ En el análisis que hace Charles Tilly sobre las acciones colectivas y populares en la Gran Bretaña de 1750-1840 encuentra la siguiente interrelación: "Los movimientos sociales llegaron a ser los medios comunes de acción política estrechamente en conjunto con otras dos actuaciones complejas que tampoco eran grupos: las campañas electorales y la política de grupos con intereses especiales" (Tilly, 1995: 16). Este autor establece que, incluso, tanto las campañas electorales como los grupos con intereses políticos dependían de la existencia de agrupaciones preexistentes o creadas. Tan es así que desde entonces algunos grupos se especializaban en promover movimientos sociales. Tilly afirma: "La labor de los movimientos sociales consistía en exhibir la magnitud, la determinación, la unidad y el mérito tanto de los partidarios como de los pretendidos beneficiarios [...] Ya para la década de 1820 los empresarios de la política [...] se aliaban, luchaban, se comunicaban y competían por el apoyo público, pues sus vidas estaban organizadas en buena medida en torno a la promoción y al control de la actividad de los movimientos sociales" (Tilly, 1995: 21-22).

tes en la construcción e impulso de un nuevo tipo de legitimidad y de estabilidad políticas. La forma alternativa de producción de estabilidad política que se inicia a finales de los setenta será la reforma político-partidista-electoral (Maiwaring y Viola, 1985: 35-36).

Sin embargo, el punto aquí es que los movimientos sociales entonces de reciente conformación, al confluir en el doble proceso de sustitución de prácticas e instituciones reconocidas como “autoritarias” por nuevas e inacabadas instituciones y prácticas “democráticas”, participan en la reconstrucción de la legitimidad de un sistema político ahora *partidista*. Estos movimientos pudieran ser asimilados políticamente por tales procesos políticos al presentarlos como producto de sus luchas, invirtiendo así la situación real. Movimientos que, a su vez, legitimarían también su existencia y conformarían su identidad con el avance de estos nuevos productos políticos. Así, se trata de actores colectivos que no sólo se legitiman con el avance de tales procesos de “democratización”, sino que igualmente ellos legitiman con las luchas que desarrollan el mismo proceso de transición a la democracia y sus subsecuentes situaciones de consolidación.²⁵ Estos últimos son algunos de los costos que han de pagar en política los actores colectivos que “avanzan” con años de atraso en el diseño, construcción y desarrollo de los procesos políticos.

Se dan aquí la mano actores sociales guiados por una razón que actúa como inocente y una razón estatal que pudiera presentarse como astuta y cínica. Un Estado que, como el mexicano, se reforma a sí mismo y que reconstruye ahora con estilos “democráticos” la estabilidad del dominio.

En la década de los ochenta los movimientos sociales fueron orientados e influidos en su conformación por la doble corriente del oleaje contra el autoritarismo unipartidista y el corporativismo estatal, así como por el torrente de las reformas tanto electorales como estructurales, seguidas por las luchas sociales y políticas en pro de la democratización del eje político-partidista-electoral.²⁶ Todo ello sobre la

²⁵ André Gunder Frank y Marta Fuentes (1989: 36) precisan que “las consecuencias sociales de los movimientos no son acumulativas. Es más: sus efectos frecuentemente no son intencionales, de tal forma que son incorporados, si no cooptados, por el sistema, que termina siendo fortalecido y reforzado por los movimientos sociales que originariamente eran antisistémicos. Hay poca evidencia contemporánea que nos lleve a pensar que en el futuro las perspectivas de los movimientos sociales, así como sus consecuencias, serán muy diferentes a las del pasado”.

²⁶ Para Sergio Tamayo Flores-Alatorre (1995: 284-286) las teorías de la modernización, como la de Eisinger, consideran que la flexibilidad de un sistema político se obtiene desde el

base de cambios profundos en las relaciones económicas y sociales. Oleajes que concuerdan en sacar los conflictos de los procesos de producción y volver a colocarlos en la playa del territorio.

El proceso de fundación y conformación de movimientos sociales en los ochenta estuvo atravesado por la doble tesis estatal de acción política: la apuesta *político-partidista-electoral* y la política económica *reconversión-modernización-economía volcada a la exportación*. Tesis que han rebasado con mucho a los movimientos sociales conduciéndolos, más allá de su voluntad y de sus intenciones, a los flujos de cambios en el sistema de representación política.

¿Qué mejor manera de construir y reconstruir formas alternativas de producción del dominio y de procedimientos de legitimidad política, así como de impulsar procesos alternativos de integración y de cohesión social y económica, que manufacturando individuos aislados y ciegos en *ciudadanos?*, ¿qué manera más sólida puede haber para fundar la dominación política que con la *ciudadanización* del ejército de los pobres, de los desempleados y de los marginados?, ¿qué cemento más denso encontrar para que se sostengan las relaciones autoritarias en el ejercicio del poder que *ciudadanizando a los súbditos?* Súbditos a los que se les ofrecen o prometen mejoras sociales y materiales en el espacio del territorio.

En tales casos, difícilmente puede tratarse de movimientos sociales autónomos y propositivos. Son más bien movimientos que con su acción construyen y reproducen las condiciones para ser utilizados políticamente por instancias gubernamentales y agrupaciones políticas. Encuentro entre la razón inocente y la razón cínica de una pléyade de intermediarios políticos, mismos que no cejan de luchar contra la pobreza y la injusticia, desgarrándose las vestiduras en sus combates por la *histórica* transición a la democracia y por la democratización del sistema político. El tallo produciendo los nutrientes y llevando la savia hasta las hojas para provocar el milagro de la fotosíntesis de la dominación política y social.

Una crisis económica, el paso de un modelo de producción capitalista fincado en el mercado interno a uno de economía de merca-

ámbito político, a través de los partidos políticos, la opinión pública y la burocracia, donde lo importante para el sistema es tener o darse la capacidad de absorber nuevos grupos dentro de sí mismo. La tesis de esta perspectiva funcionalista es que la modernidad es la tendencia al cambio permanente y a la capacidad de absorberlo.

do abierta, la sustitución de una producción corporativa de legitimidad política por la tesis estatal político-partidista-electoral en el espacio del territorio son todos elementos que no constituyen por sí mismos la condición para generar transformaciones sociales cualitativamente importantes. Se trata más bien de adecuaciones sociales. No bastan las determinantes sociales para la transformación de una sociedad. Se requiere de la existencia de los artífices que puedan aprovechar políticamente esas condiciones. Lejos de ello, el doble eje de los movimientos sociales en México parece negarles tal posibilidad.

Por un lado está el eje de los movimientos obreros, de maestros, ferrocarrileros, electricistas y campesinos, que confluyen en el conflicto político estudiantil de 1968, confrontados con una actitud autoritaria, represiva y apolítica por parte del Estado. Se trató de un acto estatal represivo que marcaría el término de un ciclo de conflictos y el inicio de otro. A partir de 1968 crece el fenómeno de la invasión de terrenos y el cambio del uso de suelo, medida con la que la población urbana “pobre” busca darle respuesta a sus necesidades de vivienda (Foweraker, 1989: 93-94). Acciones y luchas desde el mundo de la marginalidad que el gobierno utilizaría políticamente para construir el “populismo”. También a raíz de la represión del movimiento estudiantil adquieren presencia en México tanto la guerrilla urbana como la campesina, movimientos armados ambos con los que el gobierno legitimaría un mayor autoritarismo en sus relaciones con los diferentes grupos sociales, independientemente de su sesgo partidista.

Finalmente, el ciclo que irrumpe en 1968 encontrará su superación y su asimilación por partida doble: con la crisis económica que inicia en 1976 y con la apertura política de 1977. A finales de los setenta se multiplicaron las declaraciones de bancarrota y de cierre de empresas, con el subsiguiente proceso de despido y liquidación de trabajadores, un panorama decorado con paros y huelgas infructuosos. Movimientos que formarían un paisaje multicolor de pétalos cayendo lenta e inexorablemente, adornando el adiós de los contratos colectivos de trabajo, de los sindicatos nacionales y de muchas empresas importantes. Paralelamente, en 1977 inicia la institucionalización de la izquierda bajo la forma del proceso de su constitución en partido político legal. La razón cínica se modernizaría adoptando la forma de la lucha por la democracia, ahora única y exclusivamente desde el espacio del territorio, enterrando paulatinamente la

lucha de clases y llamando a la ciudadanización de los súbditos. Empezaría la “cruenta” lucha político-partidista-electoral desde el incomunicado Congreso de la Unión. La oscuridad del territorio sería iluminada por el diálogo y la comparsa entre el sol y las nubes, obsequiados los mortales con hermosos paisajes matinales y atardeceres con espectaculares horizontes de democratización, de transición a la democracia. “¡Ah, el horizonte siempre bello, la esperanza!”

Por otro lado, está la simiente del eje de los “nuevos” movimientos sociales, sembrando el campo de las luchas urbanas con frescas agrupaciones de diversos colores, la mayoría con poca experiencia y menor madurez,²⁷ lo que demostraría con “Solidaridad” el sinodal y empresario político de la pobreza: Carlos Salinas de Gortari.²⁸

²⁷ André Gunder Frank y Marta Fuentes (1989: 26-30) consideran que los movimientos sociales son básicamente cíclicos, que se debilitan en número y poder en periodos de auge económico y reviven en situaciones de recesión y crisis económica. Los autores sostienen que en realidad los movimientos sociales son fugaces y son socialmente poco productivos. “De la misma manera en que los movimientos sociales llegan a crecer cíclicamente en respuesta a las circunstancias que cambian, asimismo desaparecen [...] si las reivindicaciones de un movimiento social particular son resueltas, éste tiende a perder fuerza en la medida en que su razón de ser comienza a desaparecer (o se institucionaliza y pierde su carácter de movimiento social). No obstante, es más común que sean las circunstancias las que cambien [...], y que el movimiento pierda su atractivo y su fuerza al dejar de tener pertinencia, o se transforme. [...] Sin embargo, los movimientos que en vez de institucionalizar la acción movilizan a la gente tienden a perder su fuerza en la medida en que disminuye su capacidad de movilización, aunque sean exitosos o pertinentes en las circunstancias existentes” (Gunder Frank y Fuentes, 1989: 29). Además de que muchos movimientos sociales suelen producir consecuencias diferentes a las que se propusieron.

²⁸ André Gunder Frank y Marta Fuentes (1989: 51 y 54) señalan cómo consideran que parece cerrarse el ciclo de los movimientos sociales de los ochenta: “Los movimientos de protesta social florecieron en el Este al final de la década de 1980 como respuesta a la creciente crisis económica, y fueron instrumentos promotores del cambio en los regímenes políticos de varios países en 1989. Empero, la crisis económica empeoró notablemente entonces para la población, con desempleo e inflación crecientes debido, en parte, a la recesión simultánea en Occidente y a la ‘marketización’ y ‘privatización’ del Este mismo. Incluso, los movimientos sociales más tempranos orientados hacia los ‘derechos humanos’ desaparecieron por completo y/o fueron institucionalizados en y por la nueva política partidaria democrática”. Continúan los autores: “Los ‘movimientos’ oficiales anteriores por la paz desaparecieron con los regímenes, por supuesto. Los movimientos pacifistas no oficiales han sobrevivido también difícilmente, sin embargo, a pesar de las crecientes amenazas y la realidad de la guerra civil y, tal vez, pronto extranjera. Algún movimiento ecologista ha sobrevivido y crecido en ciertas regiones, pero se ha visto abatido en otras, al tiempo que las preocupaciones de la gente por su sobrevivencia económica, política y física se han vuelto capitales” (Gunder Frank y Fuentes, 1989: 50). Concluyen más adelante, de acuerdo con Jack Golstone, que siendo los conflictos importantes los que se dan entre las élites los movimientos sociales populares sólo ayudan a desestabilizar a un Estado ya inestable. Se trata de movimientos sociales que en realidad favorecen los intereses de unas facciones contra otras.

**¡LUCHAR CONTRA LA DESIGUALDAD
Y LA MARGINACIÓN HASTA EL FINAL...
HASTA ALCANZAR NUESTRA MODERNIZACIÓN SOCIAL!**

¿En qué medida la mayor parte de los movimientos sociales pugnan, enfrentan, llegan a acuerdos políticos y sociales impulsados, en buen grado, por el anhelo de vestir sus vidas, sus costumbres, su entorno, etc., del modo como ya se visten y visten su entorno, su habla y su existencia *los otros, los modernos* de la sociedad? Porque en el fondo, ¿hasta dónde, en la fase que se abre con la reforma política de 1977, en “nuestra era” de la transición a la democracia y de la “alternancia en el poder”, se realiza un reparto político de la riqueza social muy cercano al que se ejercía en la edad del populismo? Círculo que inicia con la política en el espacio del territorio y que termina colocando los hechos recientes en el territorio, quedando en medio, triturado, el conflicto en y desde los espacios de la producción.²⁹

¿Hasta dónde los movimientos sociales, como luchas de la sociedad por lograr la modernización de las vidas de sus integrantes, finalmente vitalizan, reconstruyen y actualizan el conflicto social necesario para que el Estado y las principales fuerzas sociales y políticas se enfrenten en procesos de reestructuración y modernización de la estabilidad política, del dominio y de su legitimidad?, ahora sobre la base de la *institucionalización política de la pobreza*, quizá la institución política más importante del México de finales del siglo xx. Por ello no está fuera de lugar preguntarnos: ¿en cuánto seguimos siendo la misma vieja sociedad de principios del siglo xix, con una estructura caracterizada por la marginación política, cultural, económica y social de una importante proporción de la población?³⁰

²⁹ Joe Foweraker (1989: 93-94) sostiene que el año de 1968 se presenta como una bisagra donde el antagonismo de *clase* va siendo reemplazado por las políticas de la lucha *popular-democrática*.

³⁰ Pablo González Casanova (1993: 108) propone un concepto muy sugerente, el de marginalismo integral. El autor encuentra una relación estrecha entre el marginalismo social y el cultural con el político: “Para comprender la estructura política de México es necesario entender que muchos habitantes son marginales a la política, no tienen política, son objetos políticos, parte de la política de los que sí la tienen. No son sujetos políticos ni en la formación, ni en la conciencia, ni en la organización, ni en la acción”.

**¡LUCHAR POR LA TRANSFORMACIÓN
SOCIAL Y POLÍTICA HASTA EL FINAL...
HASTA ALCANZAR NUESTRA REPRESENTACIÓN!**

En 1977 el Estado mexicano se decide por un tratamiento ya no exclusivamente represivo de los movimientos guerrilleros y políticos opositores sino que esgrimirá, como principal tesis de acción política, una *estrategia político-partidista-electoral*, estrategia que le resultará más que eficiente al Estado. Lo que inicia en 1977 como apertura política se irá transformando en proceso de transición a la democracia y su subsiguiente fase lunar de consolidación.

Con la estrategia político-partidista-electoral el Estado mexicano ha logrado reconstruir, sustituir y crear instituciones importantes del sistema político en el último cuarto de siglo. Además, dicho enfoque le promete durar varias décadas más.³¹ Se trata de una tesis de acción política que ha resultado ser tan o más eficiente que la “vieja” estrategia que inició como sistema de partido único y que terminó como partido mayoritario en los ochenta.

El parto de la estrategia político-partidista-electoral tendría efecto en una cuna cubierta de contratos colectivos de trabajo destruidos; sindicatos diezmados, en bancarrota; una población más preocupada por sobrevivir en una situación de desempleo, devaluaciones constantes y de alta inflación, que por organizarse y pugnar política y socialmente para influir en el proceso de reconstrucción política y de redefinición de los espacios y de las reglas del juego.³² Estrategia que dará sus primeros pasos en firme después del sismo de septiembre de 1985 en el centro de la república mexicana. Esta tesis de acción estatal se encontraría ya con una población luchando en el territorio y con un número decreciente haciéndolo aún desde las viejas trincheras del espacio laboral.

El proceso que inicia en 1977 también producirá desacuerdos al interior de la “izquierda” mexicana, debilitándose los “duros” que

³¹ La clase política mexicana aprende entonces lo que no quiso entender el general Porfirio Díaz y lo que intentó dejar de lado Carlos Salinas de Gortari: avanzar de la personalización a la institucionalización del ejercicio del poder político, y ahora completar el proceso con la pluralización partidista en el ejercicio de la representación política.

³² María Marcia Smith Martins y Víctor Manuel Durand Ponte (1995: 312-313) sostienen que tanto las luchas como los movimientos sociales en realidad tienden a influir en los individuos para que pasen por un proceso de ciudadanía. Consideran que en la medida en que los individuos se ejercitan en las prácticas de la agrupación, en ésta se les va enseñando a operar con las reglas del juego, así como a reconocer y a ejercitar el derecho.

enseñoreaban las banderas del “enfrentamiento con el Estado”, y adquiriendo cada vez mayor presencia quienes aceptaban las nuevas reglas y oportunidades para “transformar el poder desde adentro”, “luchar ahí donde esté el pueblo”. Tendencias que confluyen en tomas de alcaldías, en las luchas por la democracia, toma de calles, etc. Por lo menos hasta que la izquierda buenamente se fue vistiendo de traje y de una aceptable posición financiada por el gobierno con recursos públicos. Condición esta última necesaria para estar en posibilidades de emprender la lucha institucional, la contienda electoral por la representación política y por la “alternancia en el poder”. En suma, que por un lado la nueva estrategia estatal político-partidista-electoral, y por el otro la “nueva” izquierda” partidista en México, requieren de ciudadanos, es decir, de votos.³³ He aquí la importancia que adquieren para ambos frentes, para la ingeniería política en proceso, los movimientos sociales.³⁴

Los “nuevos” movimientos sociales pasarán por un intenso curso propedéutico en el aprendizaje de las nuevas normas y reglas del juego, donde la normatividad empezaría a conformarse como herencia, tradición, como logro social, como sentido de la lucha y como esperanza. Las nuevas bases del dominio político se estaban echando.

Ahora bien, los movimientos sociales que se encaminan hacia una participación partidista-electoral o a vincularse con partidos políticos no sólo tienden a tener una organización de tipo vertical, sino que preferirán aliarse con partidos políticos con una estructura organizativa en el mismo tenor. La vida interna de estas agrupaciones suele legitimar y fomentar relaciones de tipo clientelar con las autoridades y con las fuerzas políticas presentes en su entorno.³⁵ Los partícipes en estas acciones colectivas están muy lejos de las prácticas democráticas. Por el contrario, en tanto que la agrupación les permita acceder a bienes sociales aprenden a definir los actos de gestoría como actos democráticos, por lo que van aceptando y legi-

³³ Scott Maiwaring y Eduardo Viola (1985: pp. 54-55) encuentran que en Argentina y Brasil el surgimiento y sus condiciones, así como el desarrollo de los nuevos movimientos sociales se vinculan con el fracaso de tres culturas políticas: 1) el autoritarismo de izquierda; 2) el autoritarismo de derecha, y 3) el populismo.

³⁴ Proceso que será tributado desde el propio régimen con un mártir, con el asesinato de Luis Donaldo Colosio.

³⁵ María Marcia Smith Martins y Victor Manuel Durand Ponte (1995: 311-312) agregan al respecto que en las zonas conurbadas del Distrito Federal y en el estado de México los líderes de los movimientos sociales son muy semejantes a los líderes priistas.

timando al sistema político existente. Ahora ya no se trata de luchar contra el Estado, sino de fortalecerlo.

Por otro lado, los movimientos sociales que privilegian la participación de “la base” en la toma de decisiones internas tienden a desenvolverse en lo local.³⁶ Maiwaring y Viola encuentran que en estos casos quienes participan en el movimiento rechazan el autoritarismo del sistema político, aunque poco se comprometen en la construcción de la democracia social y política que supere las fronteras de la agrupación o de la localidad. Se construyen así localidades que despliegan la autorregulación, sin confrontarse con la dominación política y sin interesarse en pugnar por el poder político (Salmeron, 1995: 81-83). Espacios donde, paradójicamente, los poderes locales se fortalecen políticamente al poder contar paulatinamente con un respaldo social más amplio y al lograr mayor eficiencia en sus funciones.³⁷ Se institucionaliza la gestoría y la intermediación, por lo que se debilita la producción de luchadores y de líderes sociales.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL PÉNDULO. ENTRE EL SÚBDITO CIUDADANIZADO Y EL DEMÓCRATA APOLÍTICO

Pareciera que, históricamente, los movimientos sociales tienden a realizar acciones más importantes en el paisaje de las confrontaciones sociales cuando el entorno que los rodea se ve alterado por las crisis o recesiones económicas, así como por los procesos de cambios o adecuaciones en el modo de ser de los sistemas políticos. Un entorno que al modificarse cimbra el grueso tronco del árbol de la vida cotidiana. Así, son fracturadas múltiples hojas ya secas de pactos socia-

³⁶ Smith Martins y Durand Ponte (1995: 322-325) nos ilustran sobre cómo la participación en asociaciones de barrio o de colonia refuerza la cultura tradicional, en la cual la membresía en partidos políticos vincula a los individuos con el sistema político y los lleva a identificarse con él.

³⁷ Fernando I. Salmerón Castro (2002: 50-51) nos recuerda, en el análisis que hace de la propuesta de Merino, que para éste la institucionalización desde el Estado de las instituciones nacionales opera en contra de la democracia local en tres momentos: 1) paradójicamente el respaldo ciudadano a los gobiernos locales fortalece su capacidad de intermediación frente a instancias superiores; 2) crece la eficacia del gobierno local en la calidad de la gestión pública, y 3) se incrementa la capacidad de los ayuntamientos para reglamentar la vida comunitaria, lo que reduce los márgenes de incertidumbre que generan conflictos. Se trata de gobiernos municipales contruidos como agentes de intermediación, lo cual los hace menos vulnerables y más útiles al desarrollo regional.

les que habían sido juramentados por las partes en cuestión y que, sin embargo, van cayendo unas tras otras del óleo del paisaje social que Van Gogh pinta meticulosamente con horror cada mañana. Se resquebrajan ruidosamente también algunas ramas de inercias sociales que aparentaban estar fuertemente sostenidas. Entorno que al mismo tiempo, por y gracias a los conflictos ahora con actores “viejos”, “presentes” y “modernos”, irá dando pie a otros acuerdos que servirán de base para un nuevo florecer, con otros pactos, otras normas y otro derecho, con otras prácticas que han de adoptar la forma de inercias sociales. Volverá a presentarse nuevamente un paisaje en el que se enseñoree el árbol de la vida cotidiana con un nuevo esplendor.

Los movimientos sociales actúan sobre la base de la doble lógica de los derechos del hombre y de los derechos del ciudadano. Disminuidas las posibilidades de negociar reclamos y mejoras sociales en situaciones de crisis o de recesión económicas, los movimientos sociales ven reducir sus opciones y tienden a reclamar el ejercicio de derechos civiles: la democracia liberal. Son agrupaciones colectivas que se imponen el objetivo de darse una identidad y una mínima organización, proceso en el cual tienden a privilegiar una cultura política encaminada a ciudadanizar a individuos privados, ahora partícipes en acciones colectivas. Los integrantes de los movimientos son individuos masa que en principio desconocen sus derechos políticos y sociales, así como las normas legales básicas. Por lo tanto, en realidad se trata de actores privados que en una acción colectiva o en un movimiento social se comportan como súbditos, como seres acostumbrados al autoritarismo y a la ausencia de un Estado de derecho.³⁸ Súbditos que en las acciones colectivas en las que participan inicialmente no entienden muy bien qué hacen, por lo que se inclinan por obedecer órdenes sin tener mucha idea del sentido social y político de sus actos. Se trata de personas que si se mantienen en la organización irán adquiriendo una cultura política.³⁹ Simular ser ciudadano, y votar.

³⁸ Véase al respecto a Fernando I. Salmerón Castro (1995). Es conveniente considerar también que muchos de los súbditos en este caso son súbditos de los súbditos: las mujeres, quienes con su participación modifican las estructuras de las unidades familiares, transformando a su vez las esferas de lo público y lo privado, así como sus interrelaciones.

³⁹ Retomo aquí el concepto de Maiwaring y Viola (1985: 36-37), para quienes la cultura política son los valores políticos con los cuales los individuos se orientan hacia una determinada comprensión de la realidad, hacia un estilo de hacer política y hacia un tipo de discurso político.

La modificación del modo de ser del sistema político y de las relaciones sociales, en particular cuando son jerárquicos y de corte autoritario, tiene como premisa básica, paradójicamente para la sociedad, que parte de la presencia del súbdito (Maiwaring y Viola, 1985: 65-67). El tránsito de lo autoritario hacia un régimen y relaciones sociales democráticos supone un proceso paralelo de ciudadanía de los súbditos. He aquí una de las funciones primordiales de los movimientos sociales: ciudadanizar a los súbditos para posibilitar la perpetuación y el ocultamiento de los mecanismos de dominación autoritaria.

Paulatinamente, a lo largo del proceso de ciudadanía los súbditos reconocen, critican y confrontan el autoritarismo en las relaciones sociales y en el sistema político públicos, pero no en las relaciones sociales ni en el modo como se interrelacionan políticamente en sus microespacios, ni ocasionalmente en sus espacios locales. *Los movimientos sociales pudieran ser no sólo una trinchera social más de relaciones autoritarias, sino la más fuerte y legítima.*⁴⁰ Autoritarismo oculto en el propio ser del actor colectivo. El súbdito en proceso de ciudadanía va aprendiendo, a la par de su participación en algún movimiento social, a reconocer y a defender las relaciones sociales y políticas que se construyen en la agrupación como relaciones democráticas: “¡es lo que en las condiciones dadas, aquí y ahora, podemos alcanzar como democracia!”⁴¹ El Estado, antes que ser afectado, resulta fortalecido a lo largo de estos procesos.

La ciudadanía de los súbditos en el seno de los movimientos sociales se queda por partida doble en el espacio de la circulación. Los movimientos que pugnan por determinados derechos sociales (tierra, regularización de la misma, servicios públicos, etc.) se enredan en el ámbito de la distribución política de la riqueza social. Los movimientos sociales que además demandan el derecho político de contender en procesos electorales se quedan en el ámbito de la circulación del habla en los espacios públicos: la representación política.

⁴⁰ Maiwaring y Viola (1985: 68) apuntan: “Los movimientos sociales que intenten democratizar la sociedad pueden coexistir con la perpetuación de los mecanismos de dominación autoritaria”. Más adelante agregan que: “Los movimientos sociales incorporan valores democráticos, pero surgen en una situación autoritaria que continúa marcando su manera de pensar acerca de la política” (1985: 69).

⁴¹ Sergio Tamayo Flores-Alatorre (1996: 195-196) reconoce en la reforma política de 1977 en México el inicio de la institucionalización de la lucha política dentro de un Estado no democrático. El autor sostiene la tesis de que el autoritarismo no es sólo una característica de la vida política, sino que ha marcado muchos elementos de las relaciones sociales.

Ciertos movimientos sociales que iniciaron en los setenta y en los ochenta, con demandas de servicios o bienes públicos han ido alcanzando algunos de los objetivos que se propusieron como fundamentales, como no negociables: tierra, regulación de la misma, agua potable, escuelas, drenaje, seguridad pública, servicio médico, centros de abasto... respeto... derechos... representación (Tamayo, 1996: 204-205). Más de una generación luchando, demandando, negociando,... votando. Movimientos sociales cuya base irá realizando acciones electorales, así como sus líderes funciones de intermediación política o de administración local. Al final, al lograr tan sólo una mínima modernización de su entorno y de su vida cotidiana, sus integrantes irán pasando de súbditos ciudadanizados a ciudadanos, y a convertirse en respetables *demócratas apolíticos*.

El ciudadano como tal es una construcción política e histórica, que se produce a partir de la confrontación y de la asimilación social. Ciudadano que en un sistema político cerrado y autoritario ha de negociar, confrontar a las instituciones y pugnar por su transformación (Tamayo, 1996: 207-208).⁴² Sin embargo, las confrontaciones de los movimientos sociales con instituciones políticas incluso ya innecesarias para el propio Estado podrían crear el efecto de simular que fueron esos mismos movimientos sociales los que, al menos, encabezaron su transformación y dieron pie a la democracia.⁴³ Actores trágicos colocados en una simple y grotesca comedia social.

⁴² Por su parte, Smith y Durand (1995: 309-311) sostienen que si la ciudadanía se define como la relación entre el individuo y el Estado mediada por normas legales, por el derecho, entonces los mexicanos no somos ciudadanos, al menos no plenamente, dado que el individuo en México no se relaciona con un Estado de derecho sino con un Estado autoritario.

⁴³ Sergio Tamayo (1996: 208) analiza el planteamiento de Turner y señala que para éste los movimientos sociales son luchas que se integran a la sociedad a través del marco institucional. Mas si bien la ciudadanía se alcanza por medio de la participación en acciones colectivas, se hace transformando ciertos aspectos de algunas instituciones, aunque al final quedan las raíces fundamentales de la estructura de dominación. No obstante, y pese a todo, la ciudadanía representa y se presenta ante el mismo actor como sinónimo de modernización.

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, Gastón

- 1997 (1938) *La formación del espíritu científico*, 21ª. edición, Siglo XXI, México D. F.

Bodei, Remo

- 1995 “Memoria histórica, olvido e identidad colectiva”, en Nora Rabotnikoff, Ambrosio Velasco y Corina Yturbe (coords.), *La tenacidad de la política. Conceptos de la filosofía política: persistencia y reformulación a la vuelta del milenio*, pp. 81-108, Instituto de Investigaciones Filosóficas-Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.

Castellanos, Rosario

- 1995 “Silencio cerca de una piedra antigua”, en *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Diani, Mario

- 1992 “The Concept of Social Movement”, en *The Sociological Review*, vol. 4, núm. 1, febrero, pp. 1-25, Estados Unidos.

Fernández Reyes, Otto

- 1995 “Movimientos sociales y ciclos de protesta en América Latina”, en *Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto, pp. 91-116, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Foweraker, Joe

- 1989 “Los movimientos populares y la transformación del sistema político mexicano”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 11, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 93-113, México D. F.

González Casanova, Pablo

- 1993 (1965) *La democracia en México*, 19ª. reimpresión, Ediciones Era, México D. F.

Guido, Rafael y Otto Fernández

- 1989 “El juicio del sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 11, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 45-75, México D. F.

Gunder Frank, André y Marta Fuentes

- 1990 “El estudio de los ciclos en los movimientos sociales”, en *Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto, pp. 37-60, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

- 1989 "Diez tesis acerca de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 21-43, México D. F.
- Homero
- 2001 *La Iliada*, Editorial Porrúa, col. "Sepan cuántos...", núm. 2, México D. F.
- Jiménez, Gilberto
- 1994 "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 2, abril-junio, pp. 3-14, México D. F.
- Kolakowski, Leszek
- 1990 *La modernidad siempre a prueba*, Editorial Vuelta, México D. F.
- Maiwaring, Scott y Eduardo Viola
- 1985 "Los nuevos movimientos sociales, las culturas políticas y la democracia: Brasil y Argentina en la década de los ochenta", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLVII, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 35-84, México D.F.
- Marx, Carlos
- 1978 (1845) *La ideología alemana*, Ediciones de Cultura Popular, 3ª. reimpresión, México, D. F.
- 1977 (1852) "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I, Editorial Progreso, Moscú.
- Melucci, Alberto
- 1995 "El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos", en *Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto, pp. 225-233, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.
- 1976 "Las teorías de los movimientos sociales", en *Nueva Época*, vol. 5, núm. 2, abril-junio, pp. 67-77, México D. F.
- Mora Heredia, Juan
- 1995 "Crisis, acción colectiva y racionalidad individual", en *Sociológica*, año 10, núm. 27, enero-abril, pp. 51-69, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.
- Munck, Gerardo L.
- 1995 "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LVII, núm. 3, julio-septiembre, México D. F.

Perló, Manuel y Martha Scheingart

- 1984 “Movimientos sociales urbanos en México. Algunas reflexiones en torno a la relación procesos sociales urbanos-respuesta de los sectores populares”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLVI, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 105-125, México D. F.

Rabasa, Emilio

- 1998 (1912) *La constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, Editorial Porrúa, México D. F.

Rancière, Jacques

- 1996 *El desacuerdo. Política y filosofía*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Rodríguez Guillén, Raúl

- 1995 “Subjetividad y acción colectiva: motín, revuelta y rebelión”, en *Sociológica*, año 10, núm. 27, enero-abril, pp. 179-194, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Salmerón Castro, Fernando I.

- 2002 “Modernidad y prácticas políticas: democracia, eslabonamientos y mediaciones en la sociedad civil”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm.1, enero-marzo, pp. 31-65, México D. F.

- 1995 “Familia, política y movimientos sociales”, en *Anuario de Estudios Urbanos*, núm. 2, pp. 69-99, México D. F.

Smith Martins, María Marcia y Víctor Manuel Durand Ponte

- 1995 “La acción colectiva y su papel contradictorio en la construcción de la ciudadanía en México”, en *Estudios sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, pp. 309-339, El Colegio de México, México D. F.

Street, Susan

- 1991 “Movimientos sociales y análisis del cambio sociopolítico en México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio, pp. 141-158, México D. F.

Tamayo Flores-Alatorre, Sergio

- 1996 “La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales”, en *Anuario de Estudios Urbanos*, núm. 3, pp. 183-212, México D. F.

1995 “Movimientos sociales modernos, revueltas o movimientos antisistémicos”, en *Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto, pp. 279-302, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Tilly, Charles

1995 “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas”, en *Sociológica*, año 10, núm. 28, mayo-agosto, pp. 13-36, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México D. F.

Zermeño, Sergio

1989 “El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 11, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 115-150, México D. F.